

EL ICONO DE LA TRINIDAD DE RUBLEV



Explicación de algunos elementos del ícono

1. A lo largo de los siglos los teólogos han intentado adentrarse en el misterio de la Trinidad, los santos lo han vivido, los místicos lo han gustado; y fue Andrei Rublev quien logró el mejor intento de pintarlo, para introducir en él al pueblo cristiano. Su icono de la

Trinidad, obra maestra del arte pictórico, es también un compendio de teología trinitaria que se ofrece a la mirada de la fe. Data del año 1411 y se encuentra actualmente en la Galería Tetriakov de Moscú. La imagen original mide 142 cm. de alto, por 114 cm. de ancho.

2. La palabra ícono (o icono) es de origen griego, y significa “imagen”. Pero en la tradición cristiana oriental, el ícono es mucho más que “un cuadro”: el ícono es “como un sacramento”, en cuanto que –desde lo visible– quiere introducirnos en el misterio invisible de Dios. Por eso, al ícono se lo venera, como la imagen sagrada que es. Y, sobre todo, el ícono es camino hacia la contemplación.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* nos dice que, –cuando profesamos **con palabras** nuestra fe en Dios– “no creemos en las fórmulas, sino en las realidades que éstas expresan y que la fe nos permite tocar. «El acto de fe del creyente no se detiene en el enunciado, sino en la realidad enunciada» (Santo Tomás de Aquino). Sin embargo, nos acercamos a estas realidades con la ayuda de las formulaciones de la fe. Estas permiten expresar y transmitir la fe, celebrarla en comunidad, asimilarla y vivir de ella cada vez más.” (CCE 170). El ícono, de alguna manera, cumple una función parecida –no en el plano de las palabras– sino en el plano de **la imagen**: la propuesta es no quedarse en la imagen, sino que la imagen nos remita a la Infinita Realidad de Dios.

3. En este caso, el icono está inspirado en la visita de “el Señor” a Abraham junto al encinar de Mambré (Gen 18, 1-15). Representar a la Trinidad a partir de esta escena bíblica tiene una larga historia en la iconografía. La siguiente imagen es un ejemplo de trabajos previos sobre el tema. Aquí aparecen, junto a las Tres Personas, también Abraham y Sara, algunos servidores y algunas construcciones al fondo; y sobre la mesa hay múltiples elementos.



A diferencia de la tradición previa, en el icono de Rublev se prescindirá de todo lo que represente temporalidad o historia humana, para concentrarse en la eternidad de la Trinidad. Sólo quedará lo esencial. A través de esa escena del Antiguo Testamento se abre todo un campo de simbología teológica que nos conduce hasta Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Los colores de las vestimentas

4. Pasando al ícono de Rublev, vemos que las tres personas tienen el color azul, que es el color del cielo que –desde tiempo inmemorial– es un símbolo principal para expresar a Dios.

De hecho, hasta la palabra castellana que utilizamos para decir “Dios” viene del sanscrito “Diau” que es el cielo azul.

Si bien los tres tienen el color azul, la única persona que lo tiene en el manto (vestidura exterior) es la figura central, la del Hijo: como el Hijo se hizo hombre, en Él –de algún modo– la divinidad se nos ha hecho visible: dice Jesús “Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn 14,9) y la Carta a los colosenses dice que “Cristo es la imagen del Dios invisible” (Col 1, 15). Y en el Hijo hay tanto azul cuanto púrpura, que es el color de la carne, de la sangre y de la Pasión: el Hijo es verdadero Dios (azul) y verdadero hombre (púrpura). Pero sobre la túnica púrpura discurre un listón dorado que parte de la raíz del ala derecha (que también es dorada, y que –como el azul– también es símbolo de la divinidad: los humanos no tenemos alas) y baja hasta conectar con el azul del manto... como diciendo que en todo el curso de su vida humana (púrpura) nunca dejó de ser verdaderamente Dios (conexión del ala dorada con el manto azul).

5. En el Padre el azul está casi escondido en el centro de su pecho, porque “nadie ha visto jamás a Dios” (Jn 1,18). Y su manto tiene una multitud de colores: sobre todo dorado y plateado (que son los colores de la luz –del sol y de la luna– y son también los colores de los metales más preciosos). Pero también hay pinceladas de azul, rojo, ocre, amarillo, tintes nacarados: es como un arco iris, lo cual evoca que el Padre “es la fuente y el origen de toda la divinidad” (CCE 245).

6. Por su parte, el azul del Espíritu está mucho más expuesto, indicando la presencia del Espíritu entre nosotros; aunque su azul también está –igual que en el Padre– en la túnica porque ambos son invisibles, sólo el Hijo se nos hizo visible al hacerse hombre. Esa presencia del Espíritu se concretiza en el pliegue inferior de la túnica, que tiene una forma de cascada: en la teología oriental al proceso de crecimiento del cristiano se lo llama “divinización” y por eso el azul del Espíritu se derrama hacia la tierra, hacia los hombres, para divinizarlos.

Y allí podemos descubrir un “circuito del color azul” en el ícono, que sale del corazón del Padre, pasa por la mediación del Hijo que es el Dios que se hizo hombre (azul expuesto en el manto) y se derrama al mundo por mediación del Espíritu. Las líneas rojas de la imagen siguiente intentan explicitar esto.



Junto con el azul, el Espíritu tiene el verde en su manto, porque el Espíritu es “Señor y Dador de Vida” (“*Dominun et vivificantem*” decía el título del texto de Juan Pablo II sobre el Espíritu)... y el verde es un color de valor universal para indicar la vida, pues el color de la vegetación, los bosques, las selvas.

7. Pero hay más en relación al color azul, en un sutil detalle: si nos fijamos en el espacio que hay entre las alas doradas y la figura de cada Persona, veremos un fondo de color azul claro –o celeste– que está detrás de las Personas. Este fondo puede simbolizar tanto la unidad de las

Tres Personas en la única naturaleza divina (*“homoousios”* dijo el Concilio de Nicea hace 1700 años), como la comunión de amor que son los Tres: la “Trinidad consustancial” (CCE 248).

8. Vemos algo en común entre el Hijo y el Espíritu: la prenda azul está sobre el hombro izquierdo: significa la Divinidad Recibida. En cambio, el Padre tiene el azul en el centro, sobre su corazón, en su intimidad: es la Divinidad Fontal. Y el Hijo y el Espíritu tienen sobre su hombro derecho el color que alude a su identidad personal: el Hijo tiene el púrpura de la Pasión y el dorado de la Resurrección y el Espíritu el verde que expresa su virtud vivificante.

9. El Padre tiene ambos hombros cubiertos, para indicar que es el Dios oculto. En cambio, el Hijo y el Espíritu tienen cada uno un hombro descubierto, pero no el mismo hombro: el hombro descubierto del Espíritu mira hacia nosotros y brilla de azul divino: el Espíritu nos irradia la divinidad. El hombro derecho del Hijo tiene el púrpura de la Pasión y el dorado de la Resurrección y quedan en el centro del cuadro, destacando por ser el púrpura el color cálido más intenso que hay en el ícono.

La semejanza de los rostros

10. A diferencia del modo clásico de representar a la Trinidad en el arte occidental –como sucede en estas imágenes de El Greco y Rubens, en que el Padre aparece con una señorial ancianidad– en el ícono de Rublev las Tres Personas tienen rostros semejantes.



Este es un recurso para representar su igualdad y su co-eternidad.

Igualdad, porque en la Trinidad los Tres existen “sin superioridad que eleve o inferioridad que abaje: es la infinita connaturalidad de Tres Infinitos” (CCE 256).

Co-eternidad, pues (por un lado) es cierto que el Padre engendra el Hijo; pero (por otro lado) también es verdad que nunca hubo “un momento” cuando el Padre estuviera sin el Hijo, *porque en la eternidad no hay momentos*.¹ De hecho, ni siquiera el nombre “Padre” tendría sentido si no hubiera allí un “Hijo”.

Y aquí aparece una de las tantas paradojas que existen cuando intentamos pensar el misterio de Dios.²

¹ En la eternidad –vida total perfecta e infinita– no hay parcelas de vida “antes” o “después”: es toda la Vida ahora, infinita, perfecta, siempre.

² La paradoja –indispensable en la reflexión teológica– no es una contradicción (“círculo cuadrado”) sino la convivencia de dos afirmaciones sobre Dios que –analizada cada una en sí misma– vemos que son verdaderas pues corresponden a Dios. Pero cuando queremos sintetizarlas finalmente en una contemplación única, nuestro pobre espíritu limitado se ve desbordado por la infinitud de Dios. O, dicho de otro modo: la paradoja en teología se fundamenta en la convicción de que todas las perfecciones deben existir en Dios, aunque nuestra pobre mente no pueda compatibilizar su coexistencia

Como decía San Juan de la Cruz, en su *Romance sobre la Trinidad*:

“el Padre le da siempre su sustancia,
y el Hijo desde siempre la tenía”

Por otra parte, los rostros semejantes pueden ser una invitación al conocimiento de las dos Personas de la Trinidad que nos resultan más misteriosas: el Padre y el Espíritu Santo. Dado que el Hijo encarnado nos ha dicho que “quien me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn 14,9); y dado que entre las Tres Personas divinas la comunión de ser y de obrar es perfecta, entonces quien ha visto a Jesús también ha visto al Espíritu Santo. Es decir: en el rostro de Jesús podemos reconocer también la identidad de las otras dos Personas.

Las inclinaciones de las cabezas

11. El Hijo tiene la cabeza inclinada hacia el Padre, pues el Hijo procede del Padre. Y el Espíritu tiene la cabeza inclinada hacia el Padre y el Hijo, pues procede de ambos. Mientras que el Padre tiene la cabeza erguida, pues Él no procede de nadie: “Principio sin principio”.

Entonces las inclinaciones de las cabezas indican las “relaciones de origen” (CCE 254-255).

El circuito de bendición en las manos derechas

12. La mano derecha del Padre apunta hacia adelante, dirigiendo sus dedos hacia la mano del Hijo. La mano del Hijo ya se inclina un poco, bendiciendo el cáliz y el cordero que está dentro –que es de color púrpura como su túnica: Jesús es el verdadero Cordero de Dios– y la mano del Espíritu apunta definitivamente hacia abajo.

Es como decir: el Padre es el origen de la bendición; el Hijo es el mediador de la bendición –particularmente por su Encarnación y por la Eucaristía (cordero y cáliz)– y el Espíritu es quien nos aplica personalmente la bendición en el mundo.

El misterio de la misión en las manos izquierdas y sus bastones

13. Cada Persona tiene un bastón en su mano izquierda. Dado que el bastón es un instrumento que ayuda al caminante, al misionero, representa la misión. El bastón del Padre está erguido porque Él –aunque viene a nosotros– no es enviado por nadie.³ El bastón del Hijo está levemente inclinado porque el Hijo es enviado por el Padre. Y el bastón del Espíritu está más inclinado, porque es enviado por el Padre y el Hijo.

14. Y si correlacionamos las inclinaciones de las cabezas, con las inclinaciones de los bastones vemos que la misión de las Personas en la historia es una prolongación de sus relaciones de procedencia en la eternidad (“la misión es prolongación de la procesión”).

15. Si nos concentramos en el Espíritu, vemos que por la inclinación de su cabeza y cuerpo hacia adelante, por su pie derecho descubierto (no como el del Padre que está semioculto) y por el apoyo inclinado del bastón, parece que está a punto de levantarse: es Dios que sale a nuestro encuentro.

Por otra parte, si miramos el conjunto de las manos en los Tres, vemos que las dos manos del Padre están en una posición alta, en cambio una mano del Hijo está en una posición alta y otra

³ “Jesús respondió, y le dijo: Si alguno me ama, guardará mi palabra; y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y moraremos con él” (Jn 14, 23).

en posición baja, y las dos manos del Espíritu apuntan hacia abajo. Esto refuerza la identidad del Padre como Origen, la del Hijo como Mediador y la del Espíritu como quien comunica al mundo los bienes divinos.

El circuito de las miradas

16. El Hijo contempla al Padre, devolviendo el amor que el Padre le entregó al engendrarlo: el Hijo es Receptividad y Amor de gratitud, mientras que el Padre es Donación originaria y Amor Fontal.

El Padre mira al Espíritu, como enviándolo al mundo para seguir comunicando la divinidad que el mismo –el Padre– comenzó a comunicar al engendrar al Hijo.

Y el Espíritu mira hacia abajo, hacia el cáliz y el cordero que tiene dentro y hacia el mundo (el rectángulo que está cavado en el frente de la mesa) para llevar esa divinización: El Espíritu es “el Amor derramado en nuestros corazones” (Rm 5,5).

El rectángulo representa al mundo porque el mundo tiene cuatro puntos cardinales, cuatro estaciones y –según el pensamiento antiguo– cuatro elementos: agua, fuego, tierra y aire.⁴

Pero con esto, pareciera que el circuito de las miradas queda abierto, pues nadie mira a otra Persona. Y aquí, creo, hay una santa genialidad de Rublev: pues, si nosotros hacemos lo que nos pide la Escritura teniendo “los ojos fijos en Jesús” (Hb 12,2), entonces el circuito de las miradas se cierra en un círculo de contemplación extática: el Hijo contempla al Padre, el Padre mira al Espíritu, el Espíritu a nosotros, y nosotros al Hijo... quedando incorporados en la dinámica de comunión de la Trinidad.⁵

17. A esta altura podemos ver cómo la imagen juega con varios dinamismos complementarios:

- El dinamismo de la bendición de la mano derecha sigue la secuencia: Padre–Hijo–Espíritu
- El dinamismo de la inclinación de las cabezas: Espíritu–Hijo–Padre
- El dinamismo de las miradas: Hijo–Padre–Espíritu... nosotros.

El primer y el último dinamismo terminan en el mundo: es la Trinidad salvadora.

Y –como veremos más adelante cuando veamos la geometría del círculo– el mundo se incorpora a la *perijóresis* –el dinamismo de don y comunión– por el Espíritu. Y por Él y por el Hijo, el mundo va al Padre...

El contacto de las alas

18. El ala izquierda del Padre está debajo y delante del ala derecha del Hijo (y dijimos que las alas representan la divinidad). Que esté delante es como decir que la divinidad del Padre es “anterior” a la del Hijo –no en el tiempo– sino en el “orden de origen”; que esté debajo es como decir que la divinidad del Hijo se fundamenta en la divinidad del Padre que lo engendró.⁶

De modo parecido, el ala izquierda del Hijo está más arriba del ala derecha del Espíritu: el Espíritu procede del Hijo. Pero no está delante (como la del Padre) sino al lado: el Hijo

⁴ Cuatro es el símbolo del mundo, como el tres es el símbolo de Dios: suman siete que es uno de los números para representar la perfección o el estado completo.

⁵ Más abajo, en el n° 26 veremos otro recurso del autor para incorporarnos al icono.

⁶ Orden de origen significa que una Persona procede de otra; pero no hay anterioridad en el tiempo pues –como ya dijimos– en la eternidad no hay antes ni después.

también procede de alguien –del Padre– y por eso no es el fundamento original, sino que ese Fundamento Original es el Padre.

Por otra parte, las alas del Hijo y del Espíritu se tocan sobre el bastón del Hijo; dado que el bastón indica la misión, este contacto puede indicar “la misión conjunta del Hijo y del Espíritu” (CCE 689-690): el Hijo se hace hombre “por obra y gracia del Espíritu Santo” y a su vez, ya Resucitado, el Hijo derrama el Espíritu sobre la Iglesia en Pentecostés.

Los elementos de segundo plano

19. Detrás de cada Persona hay un elemento en segundo plano: una montaña, una planta, una casa. Las interpretaciones de estos símbolos son variadas. Y no se excluyen entre sí.

Una de ellas dice que la montaña representa la creación inanimada, la planta representa a los seres vivos no humanos, y la casa representa la actividad humana en el mundo, la cultura que implica “la tierra y el trabajo del hombre”.

En definitiva, entonces, los tres elementos que están en segundo plano representan la naturaleza y la cultura; toda la creación y toda la historia de la salvación. Pero, en primer plano están las Personas divinas, que son quienes crean y salvan.

20. Si vamos a la Biblia, cada uno de estos elementos tienen simbolismos polifacéticos:

- La casa es el lugar de la presencia de Dios en medio de su pueblo: el Templo en el Antiguo Testamento; Jesús –y la Iglesia– en el Nuevo Testamento; y también la Casa del Padre, en el cielo futuro.

- El árbol es el lugar de la prueba: la prueba que vence al hombre en el árbol del bien y del mal del que come Adán; y la prueba en la que “Cristo Jesús, el Hombre nuevo” (Ef 2,13-15) sale vencedor: “el árbol de la cruz”.

- La montaña es lugar de la manifestación divina: el Sinaí del Antiguo Testamento, lugar de los encuentros de Dios con Moisés, y también con Elías, quien percibió a Dios como “una voz de fino silencio” (1 Re 19,12). En el Nuevo Testamento está la montaña en que Jesús hace su Sermón inaugural (Mt 5,1ss); el Tabor de la Transfiguración (Mt 17,1ss); la montaña alta del Resucitado (Mt 28,19s). La montaña es ámbito de misterio: la elevación, el éxtasis, el aliento de los espacios y de las cumbres proféticas.

21. Una interpretación toma varios de estos elementos y los une. Ve en la montaña el monte Sinaí: representa el Antiguo Testamento, cuando Dios todavía no se había “manifestado en la carne” y se manifestaba a su Pueblo de modo espiritual; por eso, está detrás del Espíritu Santo. La planta, que parece surgir desde el Hijo, representa a la Iglesia: “Yo soy la vid, ustedes los sarmientos...” (Jn 15,5). La Iglesia toma su vida y su fuerza de desarrollo de su unión con Jesús. Por último, la casa que está detrás del Padre, representa justamente “la Casa del Padre donde hay muchas habitaciones” (Jn 14,2). Pero como la casa tiene dos niveles –uno a ras de tierra y otro como “primer piso”– el símbolo se desdobra: la “planta baja” también representa a la Iglesia en este mundo –como la planta que está detrás del Hijo– pero el “primer piso” representa el cielo, la Casa definitiva. Y el refugio que está delante de la puerta de la planta baja –que tiene un techo, pero aún no es el interior de la casa– puede representar el lugar de los “hombres de buena voluntad” que aún no pertenecen “oficialmente” a la comunidad cristiana (no están visiblemente dentro de la casa; no han traspuesto la puerta de entrada) pero que también tienen la protección de Dios representada por el techo que los cubre.

22. Estos símbolos también tienen su propio dinamismo: la montaña tiene su cumbre muy inclinada hacia la izquierda, apuntando a la planta. La planta, a su vez, también gira hacia la izquierda apuntando a la casa. Y la casa tiene una doble inclinación: hacia el centro –como dirigiendo su puerta hacia la planta– para recibir hospitalariamente a quienes se acerquen a ella. Pero su inclinación principal es hacia arriba: al seguirla con la mirada nos saca del ícono. Es como decir que el Antiguo Testamento apunta a la Nueva Alianza y por medio de la Nueva Alianza somos proyectados hacia un “más allá” invisible que ya no puede ser representado con símbolos humanos...

23. Los elementos que están en segundo plano están alineados con la cabeza de cada Persona. Pero, mientras los elementos de los extremos –la montaña y la casa– están justo sobre la cabeza de cada Persona, el elemento central –la planta– está desplazado hacia la derecha. Es cierto que hay una necesidad impuesta por los espacios, pero desplazarla junto a la montaña es una opción del artista, quizás para recalcar la unidad de la historia de salvación (Antiguo y Nuevo Testamento) y su distancia con el más allá. Esto se confirma cuando recordamos lo dicho recién: estos dos elementos tienen una inclinación hacia la Casa, mientras la Casa se eleva hacia arriba...

Los colores de fondo invertidos

24. Es llamativo que el fondo de estos elementos que están arriba en segundo plano –la montaña, la planta, la casa– es de color amarillo-ocre (que es el color de la arena y de la tierra) cuando uno esperaría –allí arriba– un fondo del color azul del cielo. Y, al revés –como dijimos antes– detrás de las Personas divinas hay un fondo azul.

Es como si los fondos estuvieran invertidos, para decir que el cielo es la Trinidad; y la tierra no es el cielo.

O también podemos ver una perspectiva inesperada: estamos en el cielo contemplando a la Trinidad y allá lejos, detrás, aparece la Tierra con sus cosas y su historia...

Las proporciones y las posiciones

25. Las Personas muestran figuras esbeltas: el cuerpo es catorce veces el tamaño de la cabeza, en lugar de siete veces (que es la dimensión normal).

El Hijo aparece en el centro, representando el cristocentrismo de la historia, de la revelación, de la liturgia...

En nuestra vida y en nuestra fe, **Cristo es el centro y la Trinidad es la cumbre**. Y siendo Cristo “Uno de la Trinidad” que se hizo hombre –y así se nos hizo accesible– al entrar en comunión con Él, entramos a la comunión con toda la Trinidad.

El “punto de fuga”

26. “Punto de fuga” es una expresión que se usa en las técnicas de dibujo para indicar el punto imaginario del que parten las líneas que diseñan un cuadro.

En Occidente se suele poner el punto de fuga en el fondo del cuadro: recordemos el famoso cuadro de la Última Cena de Leonardo Da Vinci, en que hasta los cuadrados del techo indican ese punto de fuga hacia el fondo del cuadro.

En cambio, en los íconos orientales el punto de fuga está invertido: no está en el fondo del cuadro, sino ¡en quien contempla el ícono, parado frente a él!

Por eso, en este ícono de la Trinidad, a pesar de que el Hijo está detrás de la mesa (y, por lo tanto, más lejos según las leyes de la perspectiva) su figura es más alta que las otras Personas.

Esto produce en el contemplador del ícono un efecto de magnetismo: es como si el ícono lo impulsara a incorporarse a él. Y en el caso particular de este ícono de Rublev, el espacio abierto entre el Padre y el Espíritu incrementa ese efecto: la Trinidad nos llama a entrar en comunión consigo.⁷

La geometría implícita



27. Si quitamos los espacios que separan a las Personas, veremos que los perfiles de las Tres Personas quedan fusionados: representa la comunión de los Tres.

Si unimos con líneas los dos extremos de la mesa, con la cabeza de la Persona del Hijo, que está en el centro obtenemos un triángulo equilátero: representa la igualdad de las Personas divinas.

28. Hay un movimiento circular que parte del pie derecho de la Persona del Espíritu, continúa en la inclinación de su cabeza, pasa a la Persona del Hijo y arrastra irresistiblemente el cosmos –la montaña, la planta– y concluye en la Persona del Padre, donde todo entra en reposo, como en un receptáculo... un hogar. Es como decir que el Espíritu nos conduce al encuentro con el Hijo, y el Hijo nos conduce a la Casa del Padre:

“El Bautismo nos da la gracia del nuevo nacimiento en Dios Padre por medio de su Hijo en el Espíritu Santo. Porque los que son portadores del Espíritu de Dios son conducidos al Verbo, es decir al Hijo; pero el Hijo los presenta al Padre, y el Padre les concede la incorruptibilidad. Por tanto, sin el Espíritu no es posible ver al Hijo de Dios, y, sin el Hijo, nadie puede acercarse al Padre, porque el conocimiento del Padre es el Hijo, y el conocimiento del Hijo de Dios se logra por el Espíritu Santo” (San Ireneo, citado en CCE 683).

29. Este dinamismo circular, tiene un círculo exterior que enmarca a las Personas y un círculo interior –señalado por el borde de la manga de la Persona central– que reitera y profundiza el movimiento circular de la imagen. Esta organización circular hace que el cuadro tenga un movimiento propio, la mirada del observador es conducida de una Persona a otra, en un camino infinito. Es la vida del Dios trino que se pone ante nuestros ojos. Dios no es un puro permanecer en sí mismo, un absoluto quieto y muerto, sino que el ser de Dios es un

⁷ Como indicábamos en el n° 16, éste es otro recurso de Rublev para invitarnos a la *perijóresis* trinitaria...

permanente salir de sí una **dinámica eterna de donación y comunión** en la que nos va introduciendo la circularidad del cuadro. Todo esto da a la imagen, un “movimiento inmóvil” que evoca la Vida y Perfección infinitas de la Trinidad.

30. A su vez, si nos fijamos bien, todo en el Espíritu apunta hacia abajo: sus dos manos, la cascada azul y la manga azul, su cabeza, su mirada, su bastón... Y el Espíritu nos hace ascender por Él, nos introduce en el dinamismo circular de la vida trinitaria

31. Habíamos dicho que el rectángulo que está en el frente de la mesa representa al mundo. Si nos fijamos bien, ese rectángulo cavado en la mesa mira hacia abajo y a la izquierda, justo lo contrario de la casa del Padre que mira arriba y a la derecha: el Cielo y el mundo son cosas diferentes.

A pesar de ello, el rectángulo está dentro del círculo sagrado de la comunión de la Trinidad. Es como en la visión que tuvo San Benito al final de su vida, cuando “vio todo el universo en Dios”; o como nos enseña San Pablo, cuando dice que “en Dios vivimos, nos movemos y existimos” (Hch 17, 28).

32. Hay también un doble octógono que forman las bases sobre las que están situados los sitaliales de las Personas laterales en combinación, bien con las cabezas de estas mismas Personas, bien con la casa y la montaña del plano superior.

Así como el número 7 es la perfección, el número 8 es el “más allá” de la perfección: 8 representa el octavo día, el primer día de la nueva semana, es el domingo de la resurrección. Este día tiene dos centros, por una parte la copa, que representa la Eucaristía, por otra parte el seno de la Persona central: el Hijo. A través del amor de Cristo, que se nos ofrece como realidad creada en la Eucaristía, se realiza la nueva creación, el nuevo tiempo de la salvación que es apertura a la eternidad de Dios. Compartir la copa eucarística es adentrarse en el misterio del amor que mana del seno de Cristo.

33. Esta unión entre la Eucaristía y Cristo queda realzada por una tercera estructura: las siluetas de las Personas laterales representan una copa, reproducción de la copa central: de este modo se explicita quién es el cordero cuya sangre derramada está en la copa eucarística: el Hijo de Dios hecho hombre. La invitación de Dios en la Eucaristía es una invitación a hacernos hijos en el Hijo, no sólo compartimos la copa, sino que nos hacemos parte de ella, el sacrificio y el triunfo de Cristo son también nuestro sacrificio y nuestro triunfo.

34. Además, si trazamos la línea horizontal que une los dos extremos superiores de “la copa grande”, vemos que esa línea horizontal pasa justo por encima del corazón del Hijo. Y, si —a esa línea horizontal— la cruzamos en el medio con una línea vertical, que vaya de la cabeza del Hijo a “la copa pequeña” que está sobre la mesa, nos queda el dibujo de... ¡la Cruz!

35. Las manos de las Tres Personas convergen en el signo de la eucaristía: ésta es el punto de aplicación del amor divino: las Tres Personas Divinas realizan conjuntamente la salvación del hombre, y este es el tema de su diálogo, evocado en la centralidad de la copa.



36. La presentación de la Eucaristía no se realiza simplemente como algo externo, sino que el autor quiere con el cuadro invitarnos a participar de ella. Por lo que dijimos antes acerca del “punto de fuga” se produce una estructura espacial cóncava: es como si fuésemos invitados a acercarnos a la mesa.

37. Si imaginamos una cuarta persona, parada sobre la parcela de suelo que está frente a la mesa –persona que nos representaría a nosotros, que estamos invitados a entrar en la imagen– veremos que entre las cuatro cabezas se dibujaría, entonces, un rombo regular.

38. Y aquí nos quedamos... El ícono nos orienta a la contemplación de la vida misma de Dios Trinidad, y nos invita a abrirnos a su gracia salvadora.

No se trata de un ícono para ver como mero espectador de una obra de arte, sino que es una invitación para contemplar y vivir como cristiano. **Entrando en el dinamismo del “don de sí mismo y la comunión” que es la Vida de la Trinidad, también nosotros nos divinizamos.**

Y podemos concluir orando, con las palabras de Santa Isabel de la Trinidad:

“Dios mío, Trinidad que adoro,
ayúdame a olvidarme enteramente de mí mismo
para establecerme en ti, inmóvil y apacible
como si mi alma estuviera ya en la eternidad;
que nada pueda turbar mi paz, ni hacerme salir de ti, mi inmutable,
sino que cada minuto me lleve más lejos en la profundidad de tu Misterio.
Pacifica mi alma.
Haz de ella tu cielo, tu morada amada y el lugar de tu reposo.
Que yo no te deje jamás solo en ella,
sino que yo esté totalmente allí,
totalmente despierto en mi fe,
totalmente en adoración,
totalmente entregado a tu acción creadora”.

Oración de la Beata Isabel de la Trinidad,
citada en el *Catecismo de la Iglesia Católica* 260.

Algunas frases del Magisterio de la Iglesia reciente sobre la Trinidad

39. “El misterio de la Santísima Trinidad es el **misterio central** de la fe y de la vida cristiana. Es el misterio de Dios en sí mismo. Es, pues, la **fuentes** de todos los otros misterios de la fe; es la **luz** que los ilumina. Es **la enseñanza más fundamental y esencial** en la «jerarquía de las verdades de fe». «Toda la historia de la salvación no es otra cosa que la historia del camino y los medios por los cuales el Dios verdadero y único, Padre, Hijo y Espíritu Santo, se revela, reconcilia consigo a los hombres, apartados por el pecado, y se une con ellos».» (*Catecismo de la Iglesia Católica* 234).

40. “**Ves la Trinidad, si ves el amor**” (“*Vides Trinitatem, si caritatem vides*”)
(San Agustín, *De Trinitate*, VIII, 8, 12; citado por Benedicto XVI en *Dios es Amor*, 19).

41. “El núcleo del contenido evangelizador: Hoy, como Iglesia fraterna y misionera, queremos reafirmar el **mensaje fundamental**. Lo que **siempre hemos de destacar** cuando anunciamos el Evangelio: JESUCRISTO RESUCITADO NOS DA EL ESPÍRITU SANTO Y NOS LLEVA AL

PADRE. **LA TRINIDAD ES EL FUNDAMENTO MÁS PROFUNDO** DE LA **DIGNIDAD** DE CADA PERSONA HUMANA Y DE LA **COMUNIÓN FRATERNA.**” (CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA, *Navega Mar Adentro* 50: número central del documento en más de un sentido).

42. Y Francisco en *Evangelii Gaudium*:

“Bien entendida, la diversidad cultural no amenaza la unidad de la Iglesia. Es el Espíritu Santo, enviado por el Padre y el Hijo, quien transforma nuestros corazones y nos hace capaces de entrar en la comunión perfecta de la Santísima Trinidad, donde todo encuentra su unidad. Él construye la comunión y la armonía del Pueblo de Dios. El mismo Espíritu Santo es la armonía, así como es el vínculo de amor entre el Padre y el Hijo. Él es quien suscita una múltiple y diversa riqueza de dones y al mismo tiempo construye una unidad que nunca es uniformidad sino multiforme armonía que atrae...” (117a; y véase todo el contexto desde EG 112).

“Hemos redescubierto que también en la catequesis tiene un rol fundamental el primer anuncio o «kerygma», que debe ocupar el centro de la actividad evangelizadora y de todo intento de renovación eclesial. **El kerygma es trinitario.** Es el fuego del Espíritu que se dona en forma de lenguas y nos hace creer en Jesucristo, que con su muerte y resurrección nos revela y nos comunica la misericordia infinita del Padre” (165 a).

“El misterio mismo de la Trinidad nos recuerda que fuimos hechos a imagen de esa comunión divina, por lo cual no podemos realizarnos ni salvarnos solos. Desde el corazón del Evangelio reconocemos la íntima conexión que existe entre evangelización y promoción humana, que necesariamente debe expresarse y desarrollarse en toda acción evangelizadora. La aceptación del primer anuncio, que invita a dejarse amar por Dios y a amarlo con el amor que Él mismo nos comunica, provoca en la vida de la persona y en sus acciones una primera y fundamental reacción: desear, buscar y cuidar el bien de los demás” (178 b)

“El modelo no es la esfera, que no es superior a las partes, donde cada punto es equidistante del centro y no hay diferencias entre unos y otros. El modelo es el poliedro, que refleja la confluencia de todas las parcialidades que en él conservan su originalidad” (EG 236).

Y véase también EG 40 y 131.

43. El Documento Final de Francisco y la Asamblea del Sínodo (=DF) desborda teología y espiritualidad trinitarias. La Parte I es muy explícita al respecto, pero las tres Partes siguientes –que hablan de la conversión de las relaciones, procesos y vínculos– también tienen a la Trinidad. Y, naturalmente, la Parte V que trata de la misión, también tiene su origen y fundamento en la Trinidad.

Dada, entonces, esta abundancia de textos, cito sólo dos que son particularmente significativos por comenzar el desarrollo de sendos temas en el DF.

La Iglesia Pueblo de Dios, sacramento de unidad

15. Del Bautismo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo brota la identidad del Pueblo de Dios. Se realiza como llamada a la santidad y envío en misión para invitar a todos los pueblos a acoger el don de la salvación (cf. Mt 28,18-19). Es, pues, del Bautismo, en el que Cristo nos reviste de Sí mismo (cf. Ga 3,27) y nos hace renacer por el Espíritu (cf. Jn 3,5-6) como hijos de Dios, de donde nace la Iglesia sinodal misionera. Toda la vida cristiana tiene su fuente y su horizonte en el misterio

de la Trinidad, que suscita en nosotros el dinamismo de la fe, de la esperanza y de la caridad.

Las raíces sacramentales del Pueblo de Dios

21. El camino sinodal de la Iglesia nos ha llevado a redescubrir que la variedad de vocaciones, carismas y ministerios tiene una raíz: “todos hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo” (1 Cor 12,13). El bautismo es el fundamento de la vida cristiana, porque introduce a todos en el don más grande: ser hijos de Dios, es decir, partícipes de la relación de Jesús con el Padre en el Espíritu. No hay nada más alto que esta dignidad, concedida por igual a toda persona, que nos hace revestirnos de Cristo e injertarnos en Él como los sarmientos en la vid. En el nombre de “cristiano”, que tenemos el honor de llevar, está contenida la gracia que fundamenta nuestra vida y nos hace caminar juntos como hermanos y hermanas.⁸

Nota histórica

44. En algunas explicaciones del ícono de la Trinidad de Rublev se intenta sostener que la Persona del centro es la Persona del Padre. A la luz de lo que hemos leído aquí, no parece tener sustento esa interpretación.

Pero se le presta atención porque viene de una fuente importante: es una noticia que aporta Paul Evdokimov en su libro *El arte del ícono. Teología de la belleza*. Allí, Evdokimov remite a un testimonio de San Esteban de Perm, amigo de San Sergio de Radonega, quien fue maestro de Rublev. San Esteban menciona –vinculado a su misión entre los zirianos en la lejana región de Permia– un ícono que tenía al Padre en el centro y al Hijo a la izquierda. Y por eso Evdokimov se apega a esta interpretación.⁹

Pero, aunque la noticia de un testimonio de un ícono lejano fuera verdadera, esto no significa que Rublev simplemente haya copiado la idea: los artistas son creativos por definición y muchas veces un artista se inspira en la naturaleza, o en la obra de otro artista, para crear algo distinto. También las personas comunes, cuando vemos algo hecho por otra persona –desde un recurso pedagógico hasta una receta de cocina– nos atrevemos a darle nuestro “toque personal”. Mucho más se puede esperar esto cuando se trata de una artista santo y genial como Andrei Rublev!

Parece que éste es nuestro caso: Rublev modifica –si es que conoció aquel ícono– la posición de las Personas, logrando unos efectos impresionantes, como hemos visto.

Prof. Dr. Jorge Fazzari
Temperley, 5 de julio de 2026

Bibliografía

- La Biblia
- *Catecismo de la Iglesia Católica*.

⁸ Otros numerales densamente trinitarios son 4, 24, 30, 31, 34, 50, 81, 140 (con su Introducción) y 154.

⁹ P. EVDOKIMOV, *El arte del ícono. Teología de la belleza*, Madrid, 1991; con original francés); pp. 250s.

- UCA, Instituto de Espiritualidad y Acción Pastoral, *La glorificación de la Trinidad*, (folleto para el Jubileo del año 2000).
- www.lescolista.org, *El icono de la Trinidad de Rublev*.
- PAUL EVDOKIMOV, *El arte del ícono. Teología de la belleza*, Madrid, 1991.
- JORGE FAZZARI, *Meditaciones sobre la Trinidad*, Buenos Aires, 2010².
- JORGE FAZZARI BLOG: jorgefazzari.blogspot.com